

# eXchanges

---

Spring 2004  
Sex & Death

---

The Tenant  
Lisa Dillman

---

El inquilino  
Germán Sierra

The tenant— who must have been a believer or wanted to come off like one, or just wanted to be faithful to a decorative tradition— left behind the outline of a cross, imprinted like a reverse shadow. A white cross right in the middle of the dirty wall smudged with grime, browned with cigarette smoke, darkened with old paint, flecked with old fly marks and tangled cobwebs— the result, in short, of the passage of time and a lack of care. God left his mark, his fingerprints, so that those who came later would be ashamed of their ways. Satan, on the other hand, left only his stench: the sulfuric smell of rotten eggs, which filtered in through the kitchen window that opened onto a common patio.

It was in the bedroom, above where he must have slept on what we imagined to have been a big, solemn, solitary bed: a deathbed. We wondered how long the poor man had been suffering, how much agony, how much desperation that room had contained, and in spite of never having met him we were ashamed at our impatience, at having wanted it to be over once and for all so the apartment would finally be free, ever since Uncle Urbano told us that then it would become ours. “Won’t the old man just give up the ghost?” became our insolent mantra, as if we thought

El inquilino, —que debió ser creyente o querer parecerlo, o sencillamente demostrar fidelidad a una tradición decorativa— dejó impresa la huella de un crucifijo como una sombra en negativo. Una cruz blanca en el centro de la pared sucia, velada con la mugre, tostada por el humo del tabaco, oscurecida por la degradación de la pintura, moteada con antiguas huellas de moscas y fragmentos de telarañas enredadas —la acción, en resumen, del tiempo y el descuido. Dios estampó su huella, la impronta de sus dedos, para avergonzar la conducta de quien después viniera. Satán, en cambio, solo dejó su hedor: el sulfúrico de los huevos podridos, que se filtraba por la ventana de la cocina abierta a un patio compartido.

Se encontraba en el dormitorio, encima de donde debió dormir en una cama que imaginamos grande, solemne y solitaria: un lecho de muerte. Nos preguntamos cuanto tiempo había estado muriéndose el pobre hombre, cuanta agonía, cuanta desesperación, había contenido aquella alcoba, y nos avergonzamos de nuestra impaciencia, de nuestros deseos de que todo acabase de una vez, a pesar de no haberlo conocido, sólo para que el piso quedase por fin libre, desde que el tío Urbano nos había dicho que

# eXchanges

---

Spring 2004

Sex & Death

repeating it often enough would triumph over his resistance to leave a world where everyone had already forgotten him except us, and we hardly counted since we'd never seen him and didn't know his name; to us he was just an old rental agreement written on a yellowed sheet of paper folded in fourths, kept in an envelope that was kept in a folder on which my mother's older brother had written "rents" in careful penmanship. It was that paper and not the old man that had to expire. "He's very old and all alone; he can't last much longer," my uncle had said in the same cold manner with which, since then, I thought about him.

My apartment had gotten too small, if not for my things—aside from books I've never had many things—then for my dreams. My fantasies, like the "Caprichos" of Goya's paintings, flew around the small room, unable to penetrate the apartment walls, and rebounded against me, furious, distorted like the sound of my stereo, incapable of reaching ideal vibratory volume. I would go home and find them in my bed, sitting on my chair, lying in wait like assassins, hiding behind the shower curtain and, unable to confront them, instead of opening the stuck windows and shooing them out, I ended up being the one who spent less and less time there, taking my books to the café, then to the pub, until I managed to lose them in reading, everyday conversations, alcohol, and new daydreams.

entonces sería nuestro. «¿No reventará de una vez el viejo?» era uno de los estribillos de nuestra mala educación, como si de tanto repetirlo fuese a vencer su resistencia a abandonar en un mundo que lo había olvidado ya, todos menos nosotros, que no lo habíamos visto nunca ni sabíamos su nombre, para quien era exclusivamente un antiguo contrato de alquiler escrito en un papel amarillo doblado en cuatro y guardado en un sobre y el sobre en una carpeta sobre la que el hermano mayor de mi madre había escrito con cuidada caligrafía "alquileres". Aquel papel y no el viejo era lo que debería expirar. "Es muy mayor y está sólo; no puede durar mucho", había explicado mi tío con la misma frialdad con la que yo, desde entonces, pensaba en él.

Mi apartamento se había hecho demasiado pequeño, si no para mis cosas —cosas nunca he tenido muchas, exceptuando libros—, sí para mis sueños. Mis fantasías, como en un capricho goyesco, volaban por mi pequeño cuarto incapaces de traspasar las paredes del apartamento y volvían rebotadas a mí, enfurecidas, deformadas como el sonido de mi estéreo, incapaz de expandirse hasta su ideal volumen vibratorio. Regresaba a casa y me las encontraba ocupando mi cama, sentadas en mi silla, escondidas tras las cortinas de mi ducha como asesinos al acecho, e, incapaz de enfrentarme a ellas, de abrir las ventanas atascadas y obligarlas a salir, era, en cambio, yo, quien cada vez más evitaba permanecer allí, me iba con los libros al café,

# eXchanges

---

Spring 2004

Sex & Death

I had the bedroom painted immediately, before the rest of the place, because my girlfriend at the time thought that Christian symbols were macabre and didn't want to sleep next to a wall trampled by someone else's god— and a dead someone else, to boot.

"It's like the graffiti of a psychopath," she said, "and it gives me the creeps."

después al pub, hasta borrar su recuerdo con lecturas, conversaciones vulgares, combinados alcohólicos y nuevas fantasías de calle.

Di instrucciones de pintar la habitación en seguida, antes que el resto de la casa, porque a mi novia de entonces los símbolos cristianos le parecían macabros y no quería dormir junto a una pared hollada por el dios de otro —de un otro muerto, además.

Es como la pintada de un psicópata —me avisó— y me produce escalofríos.